¡Ay! En los recuerdos de «Pedrín» no aparecen Racine, Saint-Cyr y la corte de Luis XIV, ni el claro estilo de la sobrina de la señora de Maintenon. En su tiempo el idioma conservaba toda su pureza y desde entonces se ha estropeado mucho. Pero lo mejor es hablar como habla la mayoría de la gente. En estas páginas se amontonan sucesos minúsculos referidos con exactitud. Y no falta quien me asegure que pueden agradar estas bagatelas verídicas.

I

NUNCA SE DA BASTANTE

Aquel día Fontanet y yo, alumnos del quinto y discípulos del señor Brard: después de salir del colegio a las cuatro y media y a toque de campana según costumbre, bajábamos por la calle de Cherche-Midi acompañados por la señora Tourtour, al servicio de la familia Fontanet, y de Justina, a la que mi padre llamaba la Catástrofe porque solía desencadenar a su alrededor los furores del fuego y del agua y porque todos los objetos que sus manos cogían se le escapaban de pronto para tomar direcciones imprevistas. De regreso a la casa paterna recorríamos juntos un largo camino. Fontanet habitaba en el extremo de la calle de los Saints-Pères. Era una tarde de diciembre. El cielo estaba obscuro, la calle húmeda y los mecheros de gas ardían entre una bruma rojiza. Alegraban el camino los múltiples rumores de la ciudad cortados a cada instante por los gritos agudos y las carcajadas sonoras de Justina, enganchada a los transeuntes por las mallas de su manteleta de lana o por los bolsillos de su delantal.

—Nunca se da bastante—dije de pronto a Fontanet.

Hice mi afirmación como si proviniese de un conocimiento sincero y fuera el resultado de maduras reflexiones. Creí haber descubierto aquella verdad en las profundidades de mi conciencia, y como la concebí se la comuniqué a Fontanet.

Acaso entonces me limité a repetir una frase leída u oída en alguna parte. En aquel tiempo me hallaba siempre decidido a apropiarme las ideas de los demás. Luego me corregí, y ahora conozco a mis acreedores, a los antiguos y a los modernos, a mis conciudadanos como a los de naciones extranjeras, principalmente a los griegos, a los cuales se lo debo casi todo y aun quisiera deberles más, porque todo lo que sabemos razonable acerca del universo y del hombre nos lo han dicho ellos. Pero ahora nos interesa otra cosa.

—Nunca se da bastante.

Al oírme pronunciar esta máxima, Fontanet, cuya estatura era menor de la que corresponde a su edad, alzó oblicuamente su fina cabeza de zorro para fijar en mí una mirada interrogadora.

Fontanet se hallaba siempre dispuesto a examinar todas las ideas para aprovecharlas, y como de pronto no vió ninguna utilidad en lo que yo le decía, esperó a que se lo aclarase. Y después de repetir con una gravedad más acentuada «Nunca se da bastante», me expliqué:

—No se dan bastantes limosnas. Es lastimoso; convendría que cada cual diese a los pobres lo que no le es indispensable.

—No lo niego—respondió Fontanet después de haberlo reflexionado.

Enardecido por esta frase, propuse a mi querido condiscípulo que formásemos una asociación benéfica. Yo no dudaba de su carácter emprendedor ni de su inventiva y siempre creí que los dos juntos realizaríamos importantes empresas.

Después de una breve discusión, nos pusimos de acuerdo.

—¿Cuánto dinero tienes para dar a los pobres?—me preguntó Fontanet.

Le respondí que tenía dos francos y medio para nuestra «fundación», y que si él aportaba otro tanto podríamos empezar inmediatamente las limosnas.

Sucedió que Fontanet, hijo único de una viuda muy acaudalada que le había procurado un caballo con silla como aguinaldo, sólo podía disponer de medio franco en aquel momento; pero me advirtió que no era indispensable su desembolso desde un principio y que luego aportaría mucho más.

Aquella reflexión me hizo comprender que el inconveniente de nuestra empresa consistía en su mucha facilidad. Era demasiado fácil entregar al primer ciego que encontrásemos los tres francos de que disponíamos. Por mi parte, lo confieso, no consideraba bastante pagada mi generosidad con la mirada de un perrito sentado con el platillo en la boca; quería otro premio para mi benéfica acti-

12 años

tud. A los doce años era un poco fariseo. Supongo que me lo perdonarán, y confieso que desde entonces no me he corregido gran cosa.

Después de despedirme de Fontanet en el portal de su casa me colgué del brazo de mi querida Justina y con el ansia de mis propósitos *caritativos* le pregunté:

—Di, ¿te parece que se da bastante?

Su silencio me revelaba que no comprendía mi pregunta y esto no me sorprendió, porque Justina nunca me escuchaba y raras veces me comprendía. Sin embargo nos entendíamos perfectamente. Entonces me expliqué:

Sacudí con todas mis fuerzas su brazo fresco y duro para retener su atención fugitiva, y le dije a voces:

—Justina, ¿te parece que se les da a los pobres bastantes limosnas? Yo creo que no.

—Es demasiado lo que se da a los mendigos—respondió Justina—. Son unos malvados; pero hay pobres vergonzantes de los que deberíamos compadecernos. Hay muchos y se ocultan; prefieren sufrir a mendigar.

La comprendí; sus palabras me decidieron. Fontanet y yo nos dedicaríamos a la rebusca de pobres vergonzantes.

Aquella misma tarde, por una fortuna inesperada, recibí de mi abuelo, que era pobre y generoso, una moneda de cinco francos, y al día siguiente, en la clase del señor Brard, enteré por señas a Fontanet

de que ya disponíamos de una suma de ocho francos para los pobres vergonzantes. El señor Brard sorprendió mis gestos, los consideró reprensibles y me puso una mala nota de conducta.

¡Oh, qué amarga sonrisa frunció mis labios, qué mirada desdeñosa dirigí al profesor incapaz mientras él anotaba mi falta de comportamiento en un registro ennegrecido ya por mis faltas! Porque sería inútil ocultarlo: a juicio del señor Brard, mis defectos eran innumerables.

En el recreo de mediodía Fontanet castañeteó sus dedos gozosamente y me hizo presentir que una vez u otra su tía, una señora de posición, le daría el doble o el triple de lo que yo aportaba, y entre tanto era lo más prudente que yo le entregase mis ocho francos; depósito necesario, según él, para la buena contabilidad de nuestra «fundación».

Y resolvimos buscar desde aquella misma tarde, al salir del colegio, un pobre vergonzante.

Las circunstancias nos favorecieron. La Tourtour, algo acatarrada, no iba con Fontanet, y Justina, mi Justina, nos acompañó a los dos. A Justina, cuyas mejillas arreboladas parecían siempre a punto de estallar; a Justina, bastante abrumada ya por sus luchas contra las catástrofes que sin cesar la persiguieron, la considerábamos inepta para la vigilancia y desprovista de autoridad. Todas nuestras investigaciones resultaban insuficientes para descubrir entre la muchedumbre de los ciudadanos uno de esos pobres vergonzantes cuya única misión consiste en pa-

decer sin protestar. Al fin creímos haber encontrado uno cubierto de andrajos, que arrastraba una pierna coja.

Éramos todo ojos para contemplarlo.

—Ya le tenemos—murmuré al oído de Fontanet.

—No cabe duda.

Pero al extremo de la calle Vavin aquel hombre entró en una taberna, donde había una verja pintada y pámpanos de hierro forjado. Le vimos levantar y beber un vaso de vino sobre el mostrador de cinc, que resplandecía con la luz.

—Me parece—dije—que es un borracho.

—Naturalmente—replicó Fontanet, orgulloso de su perspicacia.

Un fracaso no era bastante para convencernos; proseguimos nuestras investigaciones y llevábamos a remolque la infeliz Justina, fatigada por las vueltas y revueltas de nuestro paseo investigador. En el callejón de La Croix-Rouge vimos a una joven campesina con su cesto al brazo que deletreaba los rótulos; era indudable su abatimiento. Seguros de haber encontrado en ella lo que buscábamos, me acerqué con mucha cortesía y, después de quitarme el sombrero, la dije:

—¿Puedo serle útil en algo?

Ella me respondió con una mirada agresiva. Repetí mis ofrecimientos. Sin duda en su pueblo la exageraron los peligros que corre en París una muchacha y le dieron una idea un poco absurda de la precocidad del vicio en las ciudades. Ciertamente,

para mis años yo estaba muy crecido, pero no tenía un aspecto terrible. El miedo debió turbarla hasta el punto de ver sobre mi labio unos bigotes. Me llamó insolente y me dió un bofetón. Mi inocencia me impidió apreciar de pronto lo que aquel bofetón significaba. Fontanet, que observaba aquella escena con curiosidad, rió alegremente. Intervino Justina, dirigió a la muchacha palabras indignadas y la amenazó de obra. Luego me dijo severamente:

—Así aprenderá, señorito Pedro, a no mezclarse con las muchachas; hace usted cosas inconvenientes; es demasiado travieso.

—No habría ocurrido esto—me dijo Fontanet—si me hubieras dejado hablar a la campesina; pero tienes la pretensión de hacerlo todo sin pedir consejo a nadie.

Yo no merecía ese reproche, y pudieran acreditar mi prudencia todos los testigos de mi vida.

Convinimos en que la rebusca de un pobre vergonzante era difícil, ardua y casual, pero no por ello dejamos de proseguirla con ardor.

Entrábamos ya en la calle de los Saints-Pères y no había tiempo que perder. Seguimos los pasos de un hombre evidentemente desdichado, encorvado bajo el peso de sus preocupaciones; llevaba un pantalón con rodilleras y un sombrero grasiento; su larga nariz casi cubría la boca; sin duda era un pobre vergonzante.

Ibamos a interrogarle, cuando Fontanet me tiró bruscamente de un brazo:

—Desconfía, está condecorado.

En efecto, en el ojal de su levita lucía una cinta roja, y en esto reconocimos que, lejos de ser un pobre, aquel buen caballero figuraba entre los personajes más importantes de la sociedad. Sin duda nuestro juicio era exagerado, pero nos educaban en el respeto a los honores.

Algunos pasos más allá Fontanet, infatigable, exclamó:

—Ese debe serlo—y me señalaba un viejo vestido con descuido, que al andar se metía la mano en todos los bolsillos sin encontrar en ninguno lo que buscaba.

¿Qué buscaría?

Alguna moneda o un poco de tabaco. Era imposible adivinarlo; pero su actitud pareció a Fontanet el signo infalible, el indicio revelador de un pobre vergonzante.

—No puede resignarse a mendigar y se obstina en recorrer con su mano los bolsillos vacíos, donde no encuentra nada. Háblale—me dijo Fontanet.

—Háblale tú—repliqué—; acabas de decirme que yo no sé hacerlo; por añadidura, ya que llevas el dinero eres tú quien lo ha de ofrecer.

Esta reflexión decidió a Fontanet; salió al encuentro del hombre que se metía la mano en los bolsillos, le detuvo en la estrecha acera, y con la gorra en la mano le dijo:

—Caballero...

Después de este principio, Fontanet, cuyo atrevimiento solía rayar en descaro, se cortó, porque de cerca el viejo parecía otra cosa. Llevaba un alfiler de oro en la corbata y una cadena de oro sobre el chaleco. Corrí en auxilio de Fontanet, y con la gorra en la mano dije cortésmente:

—Caballero...

Me faltó audacia para seguir.

Al ver nuestra confusión, aquel hombre nos llamó sus amiguitos y nos preguntó en qué podría servirnos.

El ingenio de Fontanet le ofrecía recursos extraordinarios.

—Caballero—dijo entonces hipócritamente—, ¿querría usted indicarnos dónde está la calle de Tournon?

—La dejasteis a vuestra espalda, amiguitos. Id por esa primera calle, a la izquierda. Luego por la segunda, también a la izquierda, y por la tercera...—Dudó un momento; a cada indicación que nos hacía se hurgaba en los bolsillos, como si en su fondo pudiera encontrar las indicaciones difíciles de su itinerario. Fontanet le miraba con la malévola seriedad de su morrito de zorro; yo me mordí los labios; de pronto solté la risa, mi camarada hizo otro tanto y los dos escapamos a todo correr, pero no lo bastante de prisa para dejar de oír las voces del viejo asombrado, que nos llamaba pilluelos y bribones.

Sin comprender en absoluto el motivo de nuestra huída precipitada, y temerosa de perdernos tal

vez para siempre, Justina se preguntaba ya cómo podría presentarse a mi madre sin mí; y echó a correr por la calle obscura y llena de obstáculos. Al perseguirnos tropezaba con toda clase de objetos, personas y cosas; al fin cayó bajo las ruedas de un carretón.

Nos reunimos frente al puesto de una castañera de la esquina de la calle de la Universidad. Fontanet compraba diez céntimos de castañas con dinero de la caja de los pobres vergonzantes. Justina reprochó nuestra conducta. Le ofrecimos una castaña. La carne es débil; Justina se comió la castaña entre murmuraciones.

Llegamos tarde a casa. Justina iba cubierta de barro.

—¿Pero cómo anda usted, hija mía?—le dijo mi madre.

La muchacha se metió en la cocina, y para recobrar el tiempo perdido echó mucho carbón en la lumbre. Lloraba; el reflejo del fuego encendía su rostro y abrillantaba sus lágrimas, semejantes a las que derramó en Troya incendiada la hija de Príamo, tan querida por Apolo.

Ad coelum tendens ardentia lumina, frustra.

Ya desconfiaba yo de encontrar un pobre vergonzante. Pero algunos días después, en el recreo de mediodía, Fontanet refirió a La Chesnais nuestros proyectos y nuestras decepciones con el manifiesto propósito de atribuirme cuanto hubiera de ridículo en ellos; y preguntó a La Chesnais si conocía algún pobre vergonzante, un pobre de los que no mendigan. La Chesnais gozaba entre nosotros de la más elevada estimación, y respondió que su madre había socorrido a un pobre de aquella especie.

—Ha muerto, pero dejó una viuda y dos hijos. Mamá les da mi ropa en desuso. La viuda Bargouiller—añadió La Chesnais—vive en el pasaje del Dragón.

Indicó el número, y lo olvidé. Fontanet y yo resolvimos llevar a la viuda Bargouiller la cantidad consagrada al infortunio oculto, o por lo menos lo que aún quedaba de aquella cantidad porque, gracias a las instigaciones de Fontanet, comprábamos todos los días pasteles y pastillas de chocolate. Para inducirme a tales dispendios Fontanet no se cansaba de repetir que muy pronto aportaría sumas enormes a la caja social.

El miércoles, día de asueto, mi madre me dejó salir por la tarde solo con Fontanet, que le inspiraba completa confianza. En cierto modo su juicio era acertado; Fontanet no hacía nunca inconveniencias, pero tenía bastante malicia para conseguir que las hicieran los demás. No era posible que mi madre descifrara el carácter de Fontanet, el cual mostraba ante ella sus buenas condiciones y desplegaba su hipocresía para obtener la estimación de todos. Autorizados por esta confianza, pudimos ir en busca de